

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Dorothy Dalton

CUADERNO Nº 22

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO A

GEORGE WALSH

**El intrépido atleta de los puños de
hierro : El hombre de la sonrisa cordial
Rasgos salientes de su espíritu**



EN PREPARACIÓN :

**SUSANA GRANDAIS : TOM MOORE
ANTONIO MORENO : NORMA TALMADGE**

CUADERNOS PUBLICADOS

De venta en esta Administración y en casa de nuestros agentes exclusivos

N.º 1	Francesca Bertini	3.ª ed.	N.º 12	Eddie Polo
» 2	Ch. Chaplin (Charlot)	3.ª »	» 13	María Walcamp
» 3	Douglas Fairbanks		» 14	Wallace Reid
» 4	Mary Pickford		» 15	René Cresté
» 5	Charles Ray		» 16	Hesperia
» 6	William Duncan	2.ª ed.	» 17	Roscöe Arbuckle (Fatty)
» 7	Pearl White	2.ª ed.	» 18	Mabel Normand
» 8	Gustavo Serena		» 19	William S. Hart
» 9	Pina Menichelli		» 20	Juanita Hansen
» 10	Max Linder		» 21	Sessue Hayakawa
» 11	Margarita Clark			

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DOROTHY DALTON

POR

MARTÍN ROJAS

: ELOGIO DE CHICAGO :



DOROTHY Dalton nació en Chicago el día 22 de septiembre de 1893.

Este lugar de su nacimiento, nos da motivo para reparar una injusticia. Porque nosotros debemos a Chicago una reparación. Porque nosotros tuvimos una época de nuestra vida en que odiamos a Chicago con toda la fuerza del alma, viendo en esa ciudad el cofre de hoja de lata, guardador del prosaísmo y de la vulgaridad.

Era en una época en que la literatura, mal digerida, había inyectado en uestra alma su virus fatal. Era cuando barajábamos en nuestra memoria los nombres de Musset y de Baudelaire, de Anatole France y de Maeterlink, de Dostoiewski y de Sakespeare. Era cuando evocábamos, por las noches, en el silencio de nuestra habitación, el ruido seco de un ataúd vacío chocando contra las paredes de las casas, en una calleja de Toledo, que nos impresionó al leerlo — de distinta manera descrito — en unas páginas de Baroja y de Azorín. Era cuando en esas mismas noches nos parecía escuchar la carcajada histérica y brutal de Han de Islandia, el hombre que bebía en un cráneo humano el agua de los mares y la sangre de los hombres.

Entonces, nosotros odiábamos a Chicago, cordialmente, intensamente, viendo en él un pueblo de choriceros y de fabricantes sin

espíritu y sin corazón, dotado en cambio, de un estómago como el de Pantagruel.

Y nos lo imaginábamos, rectilíneo, cual la conciencia de un fiscal, con sus calles tiradas a cordel, con sus manzanas de casas exactamente iguales, dándonos la impresión de un tablero de damas. Al mismo tiempo, lo veíamos, vulgar, con una vulgaridad provinciana, sin esa poesía febril y vertiginosa de Nueva York, que todavía está esperando el poeta, de espíritu muy moderno, que pueda cantarla.

Pero el tiempo fué borrando de nuestro cerebro estas imágenes falsas.

No. Chicago no era como nosotros lo soñábamos. Chicago era, en efecto, una ciudad muy fabril y muy comercial. Pero, en unos rincones donde la vida se estancaba, como remansos de un río caudaloso, los artistas, los soñadores, los rebeldes, hacían sus falansterios pintorescos. Y a la sombra de los inmensos edificios, arrulladas por el ruido isócrono de las máquinas, las ideas de aquellos hombres crecían, lozanas y fuertes. Y el oro de los fabricantes servía para fundar conservatorios, bibliotecas y museos.

He aquí por qué nosotros dedicamos hoy un elogio a Chicago. Porque es uno de los pocos lugares que conocemos, donde el oro y la inteligencia se han asociado, donde el perenne trepidar de las máquinas no ha estorbado al desarrollo del arte.

Como si todo esto fuera poco, hay otra razón poderosa para que nosotros elogiemos a Chicago.

Allí ha nacido Dorothy Dalton, la actriz de belleza tentadora, que os obliga a pensar en el pecado exquisito del amor; la que sabe poner un caudal de picardía en su sonrisa descocada, que abre en su rostro dos hoyuelos provocativos; la que viste unas veces con elegancia refinada, de mujer del gran mundo, enloqueciéndose con sus espaldas leche y rosa y con sus brazos carnosos y duros, y, otras veces, con el desparpajo, un poco grosero, de las cocotas que invaden los *cabarets* improvisados del Oeste.

En la calumniada ciudad de Chicago, creció y se desarrolló esta flor exuberante de belleza. En sus calles y en sus plazas corrió cuando era niña, y en aquel ambiente moldeó su espíritu. Allí sintió por vez primera la voz de Talía, que cantaba a su oído una canción en la que había rumor de aplausos y visiones de triunfos. Y allí, por fin, se embriagó con su primer éxito teatral, que marcó, con rasgos firmes, el camino que debía recorrer en la vida.

¿No es, pues, justo que elogiemos a Chicago?



EN LA ACADEMIA DEL
: SAGRADO CORAZÓN :

Dorothy Dalton es hija de padres pudientes.

Muy niña todavía empezó a frecuentar las aulas de un colegio elemental de la gran ciudad de Chicago, donde cursó los estudios rudimentarios de primera enseñanza. Era entonces una niña ágil y fuerte, que gustaba de luchar con los muchachos de su edad.

Diríase que su sexo se había cambiado, pues sus aficiones todas le impulsaban a frecuentar las amistades de los chiquillos, gozando con sus juegos, que, generalmente, terminaban a puñetazos.

No se habían hecho para ella las lindas muñecas de porcelana, con las cuales las niñas empiezan a sentir los primeros goces de la maternidad. Dorothy no se sentía inclinada hacia estos placeres sencillos, demasiado tranquilos para su temperamento inquieto y ansioso de luz, de aire y de libertad.

Y amaba las plazas públicas, donde podía saltar a su antojo. Y soñaba con el campo, que alguna vez entreveía a través de su vida ciudadana.

Sus padres, algo desorientados con estas aficiones extravagantes, decidieron inyectar a la criatura las virtudes femeninas de que no estaba muy sobrada.

Y pensaron en colocarla en calidad de interna en un colegio, donde, el trato constante con sus compañeras y sus profesoras fuese limpiando su alma de aquellos resabios que había aprendido en su infancia demasiado libre, y le hiciese adquirir esas bellas delicadezas que forman el tesoro de una mujer.

Dorothy Dalton entró en la Academia del Sagrado Corazón, que alza sus muros severos en la ciudad fabril de Chicago, y allí permaneció algunos años.

El sueño de sus padres se había realizado. Poco tiempo después de haber entrado en aquella academia, atraída por el encanto amable de las horas de recreo, donde las mujercitas en germen se contaban en grupos sus ambiciones y sus proyectos, Dorothy había olvidado sus peleas de marimacho, para gozar estas otras sensaciones más dulces, más en armonía con su alma de mujer.

No se acordaba ya de aquellos tiempos — tan remotos le parecían en aquella paz del colegio — en que los chicos de su edad temían sus puñetazos seguros y las niñas huían de ella como del demonio. Anhelaba ahora la llegada de las horas de recreo, para soñar un poco, con un grupo de amiguitas, enamoradas de la Quimera, bajo las copas frondosas de los árboles del jardín.

En aquellas reuniones breves, el ensueño tejía ante sus ojos su tela de oro. Y las cabecitas locas soñaban, soñaban con horizon-

tes luminosos y espléndidos, donde la Gloria aparecía bañada por el sol, montada a horcajadas sobre la cumbre de los montes.

Algunas funciones teatrales que se organizaron en el colegio, fueron a dar plasticidad a sus sueños áureos. Eran unas funciones insulsas, llenas de pacatería. Pero, ¡tenía un sabor tan agradable el rumor de los aplausos! Eran ¡tan gratas, sonaban tan bien en sus oídos las felicitaciones que recibía de sus profesoras y de sus compañeras cuando se vestía sus ropitas de colegiala después de haber vivido en el diminuto escenario un papel de reina o de santa!

Dorothy Dalton, que en aquellos años de encierro y de estudio había pulido su temperamento, empezó a sentir, punzante, la ambición de la gloria.

Ella sería artista, ella triunfaría desde los grandes escenarios, como triunfaba desde aquél, diminuto y coquetón, como una bombonera.

Aquella idea se clavó en su cerebro. Fué su obsesión. Comprendía ella, a pesar de no acertar a analizar sus pensamientos, que su vida no podía tener otra finalidad que la de ser artista.

Y cuando aquel año llegó la primavera y sobre el verde de los prados las amapolas pusieron sus gotas de sangre, Dorothy Dalton regresó a la casa de sus padres, para pasar en su compañía los meses de vacaciones. Y fué entonces, cuando, con la firmeza de una mujer, la colegiala dijo a sus progenitores:

— No quiero volver al colegio. Quiero empezar a estudiar para ser una gran actriz de teatro.

EN EL CONSERVATORIO
AMERICANO DEL ARTE
: : : DRAMÁTICO : : :

La resolución de Dorothy cayó en su casa como una bomba.

El buen matrimonio no comprendía cómo su hija había podido adquirir en el colegio aquellas extrañas ambiciones, tan lejos de los proyectos que ellos habían forjado para el porvenir.

Y se lamentaban ahora de su decisión de enviarla a aquel colegio aristocrático, de donde ellos esperaban que hubiese salido convertida en una deliciosa aspirante al matrimonio, con todo el talento y todas las virtudes que Fray Luis de León pedía para la «perfecta casada».

¿No era preferible haberle dejado seguir sus impulsos primitivos? ¿No era más humano que su temperamento se hubiese



Dorothy Dalton

Caricatura de FumN

modificado por una evolución natural al llegar al período crítico de la pubertad?

Por tratar de forzar el desenvolvimiento de aquel espíritu, se encontraban ahora con que su hija, yendo contra todas las leyes de herencia y educación, alimentaba unas ideas de gloria, de independencia, de vida falsa y aventurera, que ellos jamás le habían inculcado.

Aquellas vacaciones de Dorothy Dalton fueron las más accidentadas de su vida.

En el hogar, tan tranquilo de ordinario, hubo lágrimas, protestas, recriminaciones, consejos, súplicas.

Todo se estrelló contra el decidido propósito de la joven. Quería ser artista y lo sería. Si podía ser con el consentimiento de sus padres, mejor; sino, saltando sobre todos los obstáculos, sería artista también. Su voluntad firme, acerada, enérgica no le permitía volverse atrás.

Y aquel buen matrimonio que soñaba con ver a su hija casada con un honrado comerciante, no tuvo más remedio que ceder.

Y al llegar el otoño, la muchacha que a toda costa quería tocar con sus manos el triunfo, fué matriculada en el Conservatorio Americano de Arte Dramático de Chicago.

No tuvieron tiempo sus padres de arrepentirse de su debilidad, pues al terminar aquel curso ya Dorothy les sorprendía ganando el primer premio de Declamación.

Dos años después terminaba brillantemente sus estudios y era presentada por Virginia Harned, la gran trágica americana, como primera ingenua de su compañía.

UNA TOURNÉE TEATRAL
EL PODER DE SUS
OJOS BRUJOS HACE ES-
TRAGOS EN LOS CORA-
ZONES MASCULINOS

Salió Dorothy Dalton de Chicago con la compañía dramática de Virginia Harned.

Y empezaron entonces sus primeros triunfos, aquellos triunfos que ella tanto ambicionaba. En poco tiempo su nombre se hacía popular, se comentaba su belleza espléndida en los cafés de las ciudades, en los hogares, en los *halls* de los teatros.

Todos los hombres la deseaban.

Su camerino de los teatros era un jubileo, donde todo era un constante entrar y salir de hombres que iban a rendirle un tributo de admiración por la belleza con que su madre tan pródigamente la había dotado.

Todos los días las cartas llegaban a montones, trayendo entre sus patitas de mosca declaraciones amorosas.

Pero la Dalton no concedía a estos homenajes una excesiva importancia. Se sabía hermosa, con una hermosura provocativa y lozana y no le extrañaba que los hombres hiciesen cola para admirarla. Además, conocía el poder seductor de sus ojos brujos, de aquellos sus ojos que unas veces parecían verdes como el mar en las orillas, y otras veces parecían azules como un cielo de verano, y otras veces parecían ligeramente oscuros; ojos de gato bodeleiriano, inquietantes, voluptuosos, crueles y lascivos.

¡Oh, los ojos de la Dalton, que unas veces ríen con una risa ingenua y otras veces os asaetean como puñales! ¡Ojos desconcertantes, ojos que os hablan de languidez y de curiosidad y de odio, pero que raras veces os hablan de amor!

¿Con su figura y con sus ojos, cómo no había de triunfar la Dalton?

Y triunfó. Triunfó rotundamente, más por su belleza que por su arte. Triunfó tanto, que más de una vez, la figura gloriosa de Virginia Harned quedó obscurecida en el escenario.

Pero aquellos triunfos efímeros no satisfacían completamente a Dorothy, que a menudo tenía que soportar alguna ironía de sus compañeras relativa a su hermosura, que a ellas les robaba aplausos y laureles.

En realidad, había algo de envidia y de odio en estas sátiras de entre bastidores. Pero la Dalton no veía esto, no estaba acostumbrada todavía a aquel ambiente de escenario, en que los artistas, lo único que no se perdonan los unos a los otros son los aplausos. Y se creía inferior a sus compañeros y hasta había momentos en que renegaba de su belleza, creyéndola un obstáculo para que luciese su arte.

Y, sin embargo, era buena artista.

Particularmente se dedicaba a esos papeles de ingenua, tan desairados, de las comedias modernas. Pero cuando ella se encontraba en su elemento, cuando se veía más segura de sus facultades, era cuando interpretaba tipos vampirescos de mujeres de *cabaret*. Llegó a hacerlos con tal perfección, que muchas otras artistas copiaron sus movimientos de una languidez voluptuosa, su indumentaria exótica y hasta la manera de colocarse la gorra. Lo que ninguna pudo imitar fué aquella sonrisa suya, tan pícara y tan elocuente, que abría en su rostro dos hoyuelos provocativos.

Las envidias y los rencores de aquella vida falsa acabaron por hacerle imposible su permanencia al lado de Virginia Harned. Aquella situación violenta llegó a su límite una noche, en la ciudad

de Washington, cuando toda la compañía había terminado de representar el *Hamlet*, de Shakespeare.

Aquella noche, Dorothy Dalton había dado vida al personaje de Ofelia. Creó una Ofelia muy humana, muy sensual, tal vez desprovista de aquella espiritualidad casi divina con que Shakespeare rodeó la figura ideal de su heroína, pero mucho más seductora. Virginia Harned, herida en su vanidad de artista y de mujer, le confió aquel papel que ella había interpretado tantas veces, con el propósito de exponer a la joven actriz a un fracaso seguro, que abatiría sus humos de artista mimada de los públicos.

Se equivocó la Harned, porque aquella noche memorable en la vida de la Dalton marcó para ella su más sólido triunfo. Y, sin poderse contener, al caer el telón sobre la última escena de *Hamlet*, la trágica eminente, con los labios temblorosos por la cólera, le dijo a la joven actriz estas o parecidas palabras:

— En mi compañía soy yo la primera y quiero seguir siéndolo. Por lo tanto, cuando una artista pretende hacerme sombra, le indico la necesidad de que nos separemos. Puedes marcharte aquí mismo o esperar a que volvamos a Chicago. Eso queda a tu elección.

Aquella misma noche, Dorothy Dalton, con pena y con desilusión, abandonó la compañía de Virginia Harned.

Al día siguiente salió para Nueva York en compañía de su madre, que la acompañaba en aquella su primera *tournee* teatral.

En la inmensa ciudad de los rascacielos, pronto encontró nueva contrata Dorothy Dalton. Su fama, la fama de su belleza portentosa, agrandada por la distancia, había llegado hasta los grandes centros de contratación de Nueva York. Y cuando allí se presentó la joven actriz en busca de una compañía donde pudiese seguir desempeñando los papeles de dama joven, una nube de agentes teatrales la cercó con ofertas tentadoras.

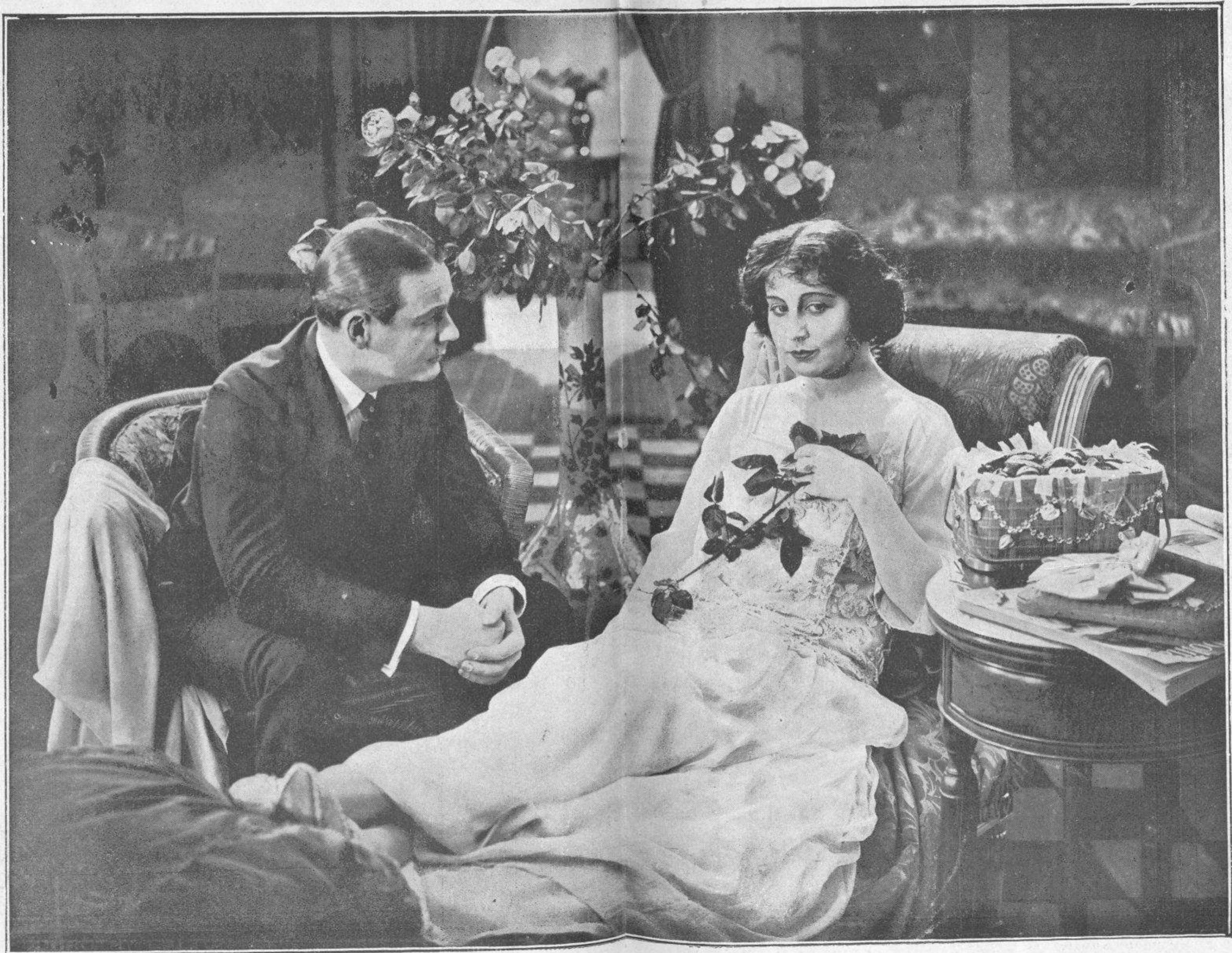
Entre todas ellas, aceptó la Dalton una en que se le ofrecía el puesto de primera actriz al lado de Hart Conway, que capitaneaba una discreta compañía de vodevil. Con esta compañía volvió a recorrer muchas de las ciudades donde antes había estado, cuando ocupaba un segundo puesto cerca de Virginia Harned.

Pero se cansó pronto de este género inferior, y volvió a Chicago, con el fin de descansar una temporada de sus andanzas farandulescas. En efecto, permaneció en su hogar algunas semanas, repartiendo sus ocios entre la lectura y los deportes.

Mas, un día, sonó estridente el timbre de la puerta, y Wright Huntington, el célebre cómico neoyorquino, se presentó a sus ojos, sin aquella aureola de popularidad de que ella le había visto rodeado en Nueva York. El famoso artista le habló, con un tono paternal, de la conveniencia de reanudar sus éxitos en el escenario; le dijo que un artista no tiene derecho a sustraerse a la admiración de los públicos; que ella, menos que ninguna, podía abandonar las



Retrato de DOROTHY DALTON



DOROTHY DALTON y sus grandes creaciones

En «El pequeño Dack»



DOROTHY DALTON en « Romántica aventura »

tablas, a los veinte años, cuando la gloria empezaba a sonreírle.

Y tanto dijo y tan bien habló, que la Dalton, convencida, arrojó lejos de sí aquellos propósitos de vida obscura que había alimentado en un momento de romanticismo y de desilusión y partió para Nueva York acompañada de Huntington.

Algunos días después presentaba en el teatro Windergarden, de la ciudad de los rascacielos, una adaptación de *Salomé*, la obra inquietante de Oscar Wilde.

DOROTHY DALTON FOR-
MA COMPAÑIA : : SU EN-
TRADA EN EL CINE : :

Toda la temporada de invierno pasó Dorothy Dalton en el Windergarden, de Nueva York, y cuando llegó la primavera, espoleado su espíritu por los éxitos que acababa de obtener, formó una compañía de vodevil y se marchó, en una nueva *tournee*, a recorrer las ciudades del Sur.

Y San Luis y Nueva Orleans y Los Angeles y San Francisco supieron de su belleza sensual, que las *toilettes* con que aparecía en los vodeviles hacían más provocativa.

Fué entonces cuando, viendo las ventajas económicas del cine sobre el teatro, pensó dedicarse de lleno al arte mudo.

Aprovechó para ello varias ofertas que en diversas ocasiones le habían hecho manufacturas importantes, y después de algunas gestiones entró a formar parte del elenco de la Triangle.

Empezó a llevar a la pantalla esos tipos de mujeres-vampiros, que le dieron tanto renombre. Su belleza le ayudó mucho en este nuevo aspecto de su arte. Todos recordaréis con agrado esas creaciones suyas de bailarina de café-concierto, en las que se nos aparece incitante y perversa, dominando con su gesto cínico a los hombres brutales del Oeste, que se matarían como lobos para disputarse su posesión, la posesión de aquel cuerpo de diosa que todavía no tiene dueño.

Nosotros creemos que es en estas creaciones donde la Dalton ha llegado a mayor perfección en el terreno artístico. Fué tan grande esta perfección, que llegó a eclipsar los nombres célebres de Theda Bara y Louise Glaum, las dos artistas cinematográficas que más se especializaron en este género de creaciones.

Tal vez, esta labor de la Dalton, no resista a un análisis concienzudo, sobre todo ahora que el género ha pasado de moda, se ha relegado a segundo término, dejando ancho campo para que las ingenuas triunfen con su naturalidad y con su gracia seductora.

Pero, reconozcamos que en su trabajo había una gran dosis de arte y otra gran dosis de belleza, dos cualidades suficientes para que sus creaciones se hagan eternas en la memoria de los públicos.

Thomas H. Ince, primero en la Triangle, y después en la Paramount limpió de defectos aquel gran temperamento artístico y supo aprovechar para el cine aquella belleza excepcional, que todos hemos admirado alguna vez en la pantalla, con todos nuestros nervios sacudidos por el deseo.

**UNA INTERVIU CON LA
ESTRELLA :: SUS AFICIO-
NES, SUS GUSTOS, SUS
PENSAMIENTOS :: :: ::**

Vamos a penetrar en el arca misteriosa donde Dorothy Dalton guarda sus pensamientos más íntimos. Vamos a descorrer el tapiz tras el que se ocultan las costumbres, las inquietudes, las aficiones de la artista admirable. Vamos, en suma, a hacer su retrato íntimo, ese retrato que se guarda en el álbum familiar para enseñárselo a las personas queridas.

Pero queremos que ella misma nos trace las líneas más salientes.

El redactor neoyorquino de la revista de Río Janeiro *Palcos e Telas*, ha celebrado recientemente una interviu con la gran Dorothy ahora que ella triunfa nuevamente en el teatro. Nosotros la reproducimos aquí, íntegra. Así, parece que es la voz de ella la que escuchamos a través de estas páginas. Y por eso tienen estas confesiones una simpática sinceridad.

He aquí la interviu:

«Fuí un día de estos al Century Theatre, donde Dorothy Dalton acaba de crear con éxito *Aphrodite*, y tuve ocasión de cambiar con la hermosa actriz una cuantas palabras.

Empecé por decirle que me parecía encontrarla satisfecha de su huída de los films.

— ¡Realmente! — me contestó. — Casi estoy contenta, porque sé de cierto que *Aphrodite* me dió la oportunidad de aparecer otra vez ante el público, en persona, y de escuchar sus aplausos, estos aplausos que nosotros, los artistas que hemos pertenecido al teatro, echamos tanto de menos en el cine. Además, esta huída, como usted la llama, me hizo comprender lo arraigado que está dentro

de mí el trabajo cinematográfico. ¿Quiere usted creer que me paso la vida suspirando por mis compañeros?

— Sin embargo, la crítica fué unánime en los elogios...

— No hay duda. Debemos tener en cuenta que gusté inmensamente en el papel de la cortesana de Galilea y que hice todo lo posible para que mi labor agradase al público. Así, pues, vuelvo satisfecha a mis películas.

— ¿Qué film va a hacer ahora?

— *Este hombre y esta mujer*, en el que tengo grandes esperanzas.

— ¿Prefiere el cine al teatro?

— Lo prefiero. Amo sinceramente el teatro, pero encuentro el cine mucho más provechoso por todos estilos.

— Dígame. ¿Cuál es el galán con quien más le gusta trabajar en las películas?

— No puedo decirlo con certeza y además no quiero herir susceptibilidades, pero creo que me satisface mucho trabajar con Kenneth Harlan.

— ¿Aquel joven que es compañero de usted en *La chispa de fuego*?

— El mismo. Además de extremadamente simpático es la amabilidad en persona...

— ¿Cuál es su actriz predilecta?

— Me encanta el trabajo genial de Enid Bennett, de la deliciosa Enid, y admiro inmensamente el talento excepcional de Alla Nazimova; pero mi favorita es Mary Pickford.

— ¿Y de ellos, cuál es el preferido?

— William S. Hart, sin duda alguna. Es un gran artista de temperamento extraordinario. El y Hayakawa constituyen los dos más sólidos prestigios del arte dramático en la tela. A mi juicio, claro está...

— Perdóneme una pregunta un tanto indiscreta... Corren por ahí rumores de que va a reanudarse un idilio, roto hace algunos años, cuando había llegado al pie mismo del altar... ¿Son ciertos estos rumores, señorita Dalton?

Dorothy titubeó un poco...

— ¡Qué idea! Ya sabe usted que esas historias se inventan constantemente alrededor de los artistas para dar pasto a la fantasía popular. Pero, créame, no hay nada. En realidad...

Y se detuvo, indecisa...

— ¿En realidad, qué?

— Nada. Que en realidad, ese caballero de que usted habla tuvo delicadas atenciones conmigo durante todo el tiempo que ahora trabajé en el teatro. Asistió al estreno de *Aphrodite* y... ¿qué quiere usted? Ese fué ya un motivo de comentarios por parte del público.

— Quien sabe si el público tiene razón, señorita Dalton.

Ella se estremeció levemente...

— ¿Tiene frío? — le pregunté.

— Es verdad, siento un poco de fresco. Anduve hoy bastante y no he descansado todavía.

— ¿Para qué hace esos paseos tan largos?

— Para no engordar más.

— ¿Come de todas las comidas?

— No. Prefiero las más simples. Para mí no hay como el pan hecho en casa, las buenas tostadas y la verdura bien condimentada... Nada de platos exóticos. No los puedo ver. Y es por eso que aborrezco los restaurantes.

— ¿Cuál es su *sport* favorito?

— El *tennis*.

— ¿Y su autor?

— Schopenhauer.

— ¿Cuál es su mayor ambición?

— Son dos las ambiciones que tengo... La primera es no engordar. La segunda, dar la vuelta al mundo para conocer todas sus maravillas.

— ¿Le gusta la música?

— No puedo pasar sin ella. Cuando mi papel es de mucha emoción hago tocar, generalmente, melodías tristes, que a veces me obligan a derramar lágrimas. Los compases de un vals cualquiera me llenan de alegría y la música tempestuosa me hace olvidarme del director, de la película, de todo. Soy únicamente la mujer que sufre y se revuelve contra su sufrimiento.

— ¿Quién es su director favorito?

— Ince. No creo que haya dos como él.

— ¿Y escritor de argumentos?

— C. Gardner Sullivan y H. H. Loan.

— ¿Cuál de sus películas es la mejor?

— A mi modo de ver, *La chispa de fuego* y *¡Viva la Francia!* Pero, de las dos, prefiero la primera.

— ¿De qué flores gusta más?

— Todas me gustan con delirio, pero la rosa es mi preferida.

— ¿Y qué especie de trabajo le gusta más interpretar?

— El drama cuyo asunto gire sobre un tema lógico bien explicado, con detalles hábilmente entrelazados con la nota cómica, fina.

— ¿Lee usted las cartas de sus admiradores?

— Todas. Algunas me causan gran placer por la espontaneidad y sinceridad juvenil con que están escritas. En general, contesto a todas las que vienen en inglés y mando mi fotografía, firmada por mí, a cuantos me la piden. ¡Son todos muy buenos conmigo!

— ¿Mantiene correspondencia con algunos de ellos?

— Con tres. Uno es un muchacho inglés, perteneciente a la no-



Retrato de Dorothy Dalton

Dibujo de Moner

bleza británica, que vive en Yorkshire, y los otros dos son americanos, uno de Nueva York y otro de Connecticut. Nos profesamos una amistad cordial.

— ¿La conocen personalmente?

— No; ni yo a ellos. Creo que no me vieron más que en película y yo ví solamente sus fotografías. Nada más.

— ¿Se conocerán algún día?

— Creo que no.

— ¿Tiene usted supersticiones?

— Algunas... No sería artista si no fuese supersticiosa.

No tuve valor para seguir haciendo más preguntas. Me dí por satisfecho y me despedí de la reina de los hoyuelos en el rostro...»

**LOS AMORES DE LA MU-
JER SIN CORAZÓN : : : :**

Una aureola trágica rodea la bella figura de Dorothy Dalton. En torno de ella, como en esas novelas cuya protagonista es una cortesana que esconde su corazón, el vulgo ha tejido una leyenda fantástica, donde hay duelos, suicidios, dolores incurables.

No creemos en la veracidad de estos cuentos pintorescos, a pesar de que Dorothy no se preocupa jamás de desmentirlos. Las artistas, por lo general, aman estas leyendas que los públicos van forjando alrededor de sus favoritas, inspirándose en un rumor cualquiera, que al correr de boca en boca se agranda hasta adquirir proporciones gigantescas.

Sabemos, eso sí, que la Dalton no es una mujer de esas que se han dado en llamar «pasionales», porque van esparciendo por el camino que recorren trozos sangrantes de su corazón.

Dotada de un espíritu práctico y sereno, no se deja arrastrar por las pasiones. Las domina, las subyuga, empleando toda su voluntad de acero para aplastarlas bajo sus pies de andaluza.

Su amor primero es para su arte; su amor segundo para su bienestar.

Después de esto, poco tiempo le queda en su vida para dedicarlo a otros amores. Parecida a su alma eran las almas de Margarita Gautier y de Manon Lescaut, y un día, sin embargo, sucumbieron al verdadero amor, que labró su desgracia.

¿Le ocurrirá lo mismo a Dorothy Dalton?

Ella misma, con un humorismo de buen tono, tras el que se advina un espíritu ecuánime, nos habla de su hombre ideal. Y lo hace

discretamente, irónicamente, como si no tuviese prisa en encontrarlo, como si viviese muy agradablemente sin aquel hombre «ideal».

Transcribimos sus propias frases:

«El hombre ideal, afortunadamente, se va extinguiendo.

Digo afortunadamente, porque si todos los hombres fueran perfectos, éste sería un mundo triste y aburrido.

Las novelas no tendrían ningún tema, los teatros cerrarían sus puertas por falta de material para sus obras, y, lo peor de todo, nosotras las mujeres nos consumiríamos por no tener de qué hablar.

Un marido no es como un budín, del que una no puede seguir comiendo después de estar satisfecha, porque a menudo el budín puede llegar a ser indigesto.

Mirando solamente el lado superficial del hombre ideal, es indiscutible que en cada país existe cierto tipo de hombre que encarna el ideal.

Éste está bien representado en muchos astros de la pantalla, y estudiando a los aristas más populares se observa que el hombre ideal americano es como sigue: generalmente alto, bien formado y muy atlético. Está dispuesto siempre para cualquier emergencia y, lo que es más importante, posee una gran dosis de buen humor.

En cuanto a su rostro, tiene la nariz recta, los ojos bien puestos y una barba firme. Es bien educado, de aspecto elegante, y de agradable trato.

Poco más o menos, con estos detalles está descrito mi «hombre ideal».

Así piensa Dorothy Dalton, y ese hombre ideal que ella desea, debe ser muy difícil de encontrar, por cuanto a los veintiocho años de su edad, todavía no ha hecho el nido que es la suprema aspiración de todas las mujeres.

Hace algún tiempo, en la vida de Dorothy surgió el inevitable idilio, que fué a iluminar un poco el vivir solitario de esta mujer que se entregó al arte en cuerpo y alma.

Era él un teniente de infantería que estaba de guarnición en Los Angeles.

Conoció a la actriz en una tómbola benéfica y se enamoró de ella. Empezó a frecuentar el estudio donde la Dalton trabajaba y sus asiduidades acabaron por ganar el corazón de la mujer de hielo.

Algunos meses después, hechos rápidamente todos los preparativos para la boda, aquellas dos almas estaban dispuestas a unirse con los lazos santos del matrimonio.

Pero, de pronto, el clamor de la guerra que se extendió de uno a otro continente con la rapidez del telégrafo, los gritos de agonía que llegaban desde la Europa asolada por todos los dolores y todos

los odios, dieron la voz de alarma en los Estados Unidos, y los ejércitos empezaron a movilizarse, prevenidos ya para la lucha.

Se truncó bruscamente el idilio. Aquel teniente que había sabido despertar el corazón frío de Dorothy Dalton partió para los campos de batalla, a defender con su espada la causa de la libertad.

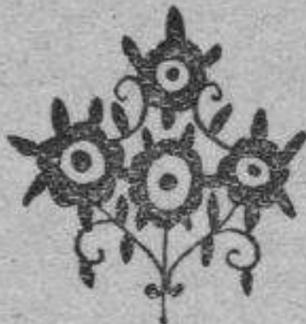
Y la actriz renegó de su debilidad de un momento y no volvió a pensar en el amor, que había puesto sobre su vida, tan serena, una nota de amargura.

Su corazón volvió a dormirse nuevamente. Pero, ahora, lector amable, ¿no ha leído usted las propias palabras de la actriz en la entrevista que publicamos?

El idilio va camino de reanudarse. ¿Sucumbirá la hermosa Dorothy otra vez al amor o dejará cerrado su corazón a la voz del recuerdo y su alma a la esperanza de una próxima felicidad?

He aquí el enigma.

MARTÍN ROJAS



TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	<i>España y Portugal:</i>	18 ptas.	- <i>Extranjero:</i>	25 ptas.
» semestral	»	9	»	12'50 »
» trimestral	»	4'50	»	6,25 »

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

M. Peña. — Melilla. — Mande 0'75 ptas. en sellos y le mandaremos el número que pide certificado.

Rosemarla. — Ciudad. — Hemos agotado los argumentos que teníamos para la venta. Próximamente avisaremos por medio de esta Revista los que vayamos publicando paulatinamente. La dirección está conforme.

M. L. — Zaragoza. — Por la pregunta que nos dirige sírvale la respuesta anterior.

Un aspirante a artista de cine. — Madrid. — Idem le indicamos. La dirección de nuestro agente en esa es Pretil de los Consejos, 3, bajos. Tenemos en cartera a sus artistas favoritos.

J. C. de A. — La Coruña. — Se le sirvió el cuaderno número 1'el 8 del corriente.

J. A. C. — Albacete. — El 5 del actual se le mandaron los números 11, 12, 13 y 14 en paquete certificado.

El Conde-Nado. — Bilbao. — No tenemos el argumento que nos pide ni sabemos casa que lo haya publicado.

Constancio Plaza. — Madrid. — Para obtener los cuadernos que le faltan puede dirigirse a nuestro representante en esa D. Manuel Castro, Pretil de los Consejos, 3. Respecto a la biografía que menciona sin duda alguna la publicaremos.

P. S. — Ategorrieta. — No creemos se hayan editado los argumentos a que hace referencia.

M. B. — Valencia. — Lo mismo le decimos, toda vez que da la gran coincidencia de hacernos exactamente las mismas preguntas que la anterior.

J. Canals. — Moncada. — Remitido el cuaderno de William Duncan el 30 del pasado Marzo.

Joaquín Díaz. — La Coruña. — Le mandamos su pedido de conformidad a la suya el 30 del pasado mes.

Quedan muchas cartas por contestar



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES,
PORTUGAL Y AFRICA (Posesiones españolas)

Agentes exclusivos en España:

BARCELONA: D. S. VILELLA
Barbará, 15

MADRID: D. MANUEL CASTRO
Pretil de los Consejos, 3

VALENCIA: D. VICENTE PASTOR
Nave, 15

BILBAO: D. TEÓFILO CÁMARA
Alameda Mazarredo, 15

ZARAGOZA: D. JULIÁN FRANCO
Cinegio, 1

SEVILLA:

D. JOSÉ BERMUDO RODRÍGUEZ
Sierpes, 74

VIGO: D. MANUEL HERRERO
Cruz Verde, 5

PAMPLONA: D. GUILLERMO FRIAS
Administrador de «El Pueblo Navarro»

Agentes exclusivos en Portugal:

LISBOA: D. JULIO JOSÉ DA COSTA
Rua do Arco Marquez d'Alegrete, 78

OPORTO: D. J. ANGUSTO ROCHA
Praça Carlos Alberto, 76

COIMBRA: D. TOMÁS TRINDADE
Largo Miguel Bombarda, 13-15-17

Agentes exclusivos en África:

MELILLA: SRES. BOIX HERMANOS
Alfonso XIII, 23